

El concepto de identidad en la novela *El africano* de Le Clézio

Juan Cruz Margueliche 1

Geografía de Asia, África y Oceanía.

Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales (IdIHCS)

Facultad de Humanidades y Ciencias de La Educación

Universidad Nacional de La Plata

jcruzmargineliche@gmail.com

Resumen

En las últimas décadas, la problemática de las identidades se tornó recurrente en diversos dominios académicos. La novela *El africano* del escritor francés Le Clézio por ser una autobiografía novelada, nos permite analizar el concepto de identidad a partir de la vida del autor sobre algunos tópicos que se interrelacionan a lo largo de la obra. La novela presenta un interesante ejemplo de cómo el concepto de identidad se emparenta más con las perspectivas constructivistas ya que inicia un recorrido de producción del concepto a partir del contacto con el "otro" dejando de lado las perspectivas esencialistas.

Palabras claves: Identidad – Territorio – Otro – Cuerpo - Cultura

Una de las maneras más habituales de pasar por alto el carácter literario de una novela u obra de teatro consiste en tratar a sus personajes como si fueran personas reales. En cierto sentido, no hay duda de que es inevitable. Eagleton, 2016:59

Todo ser humano es el resultado de un padre y de una madre. Se puede no reconocerlos, no quererlos, se puede dudar de ellos. Pero están allí, con su cara, sus actitudes, sus modales y sus manías, sus ilusiones, sus esperanzas, la forma de sus manos y de los dedos de los pies, el color de sus ojos y de su pelo, su manera de hablar, sus pensamientos, probablemente la edad de su muerte, todo esto ha pasado a nosotros Le Clézio, 2008:1

Introducción

Muchas veces nos encontramos con conceptos que son difíciles de definir por su carácter de abstracción. Por un lado, producto de que los procesos socio-culturales se han vuelto más dinámicos a raíz de la gran movilidad espacial y comunicacional que se vive en los últimos tiempos, y por el otro, debido al rol hegemónico que detentan los medios de comunicación que penetran en los conceptos cargándolos de fuertes superficialidades, reduciendo la polisemia e imponiendo falsas conceptualizaciones o por lo menos de manera unidireccional. Por ello, muchos conceptos han perdido su trayectoria primigenia conceptual y han quedado anclados en conceptos atados a la vieja (pero aún vigente) estructura territorial que han configurado los Estados Nación y que nos llevan a seguir pensando conceptos como la identidad como un cuerpo inmutable desde las perspectivas esencialistas. En la obra de Raymond Williams “Palabras claves: un vocabulario de la cultura y la sociedad”, el autor reconstruye el recorrido o trayectoria de los conceptos, teniendo en cuenta el contexto de emergencia de los mismos, para poder entender en los extremos temporales (origen y tiempo actual) como se fue configurando ese concepto.

Por este motivo, el trabajo con la novela en este caso *El africano* del autor francés Le Clézio, nos aporta una suerte de “laboratorio de experiencias” a partir de sus referencias autobiográficas noveladas. También nos permite, “saltar” un escollo que es la mirada eurocéntrica propia de nuestras categorías occidentalizadas, y nos aporta una experiencia “in situ” a través de la práctica de viaje del autor desde Francia a Nigeria y dentro del mismo territorio africano. A este desplazamiento de Le Clézio en el marco de la novela lo podemos pensar a través de la categoría de James Clifford (1999) “Itinerarios transculturales”. Es a partir del viaje y los diferentes desplazamientos del autor y su familia de Francia a

Nigeria en el pueblo de Ogoja que se describe y accede a un espacio abierto y desbrozado. Pensando en clave las relaciones cambiantes de la antropología y el viaje, puede ser útil pensar el campo del viaje y los desplazamientos como un “habitus”, más que como un lugar; un conjunto de disposiciones y prácticas “corporizadas”. Cada viaje, traslado, percance, desvío, retorno, etc, configura una forma de habitar y comprender el mundo (Clifford, 1999). Sin estos desplazamientos, la novela y con ello el concepto de identidad no cobrarían los matices que más adelante analizaremos.

En *El africano* es donde podemos analizar un concepto de identidad que sale de los clivajes tradicionales. La novela conforma un verdadero viaje de identificación con un “otro” y consigo “mismo” (el autor). Esta experiencia de vida del autor, nos permite (re) discutir el concepto de identidad, como algo siempre en construcción, nunca acabada y en un devenir temporal. Algunos críticos de Lé Clézio sostienen que la “extranjería” es un constante proceso de desarraigamiento y desterritorialización del autor. Pero para Le Clézio es una condición que hoy nos define como humanos, pese a que vivimos también en espacios donde el hogar, la frontera y las normas sociales todavía son importantes y conforman un escenario de regulaciones de nuestras prácticas. Esta especie de “exilio” literario, lo configura como un constante espectador de su vida. Pero él no se considera un escritor del exilio, sino un autor nómada que escribe en ese desplazamiento. Un autor que escribe a partir de un desplazamiento que pasa a conformar un habitar más que un lugar fijo nos presenta en su novela el concepto de identidad en varias dimensiones a destacar:

- La identidad propia y personal que se configura en el desplazamiento y viaje entre los dos continentes;
- La constitución de una identidad personal: el paso a la madurez,
- La condición de su cuerpo y de los otros;
- La relación con su padre;

La identidad del padre es otro tópico interesante para analizar. Hablamos de una identidad compleja que se construye y se configura a partir de dos espacios: la Isla Mauricio (lugar de nacimiento) e Inglaterra (país al cual representa como médico colonial). En el caso del padre, también se compone una identidad híbrida sobre la base de su origen africano y su nacionalidad europea, como así también

veremos a lo largo del trabajo de sus propias experiencias de vida entre la Guerra en Europa y la guerra interna que debe afrontar en África como médico colonial sufriendo en carne propia las desazón y desconsuelo del abandono de la metrópolis.

El trabajo que hacía mi padre, primero en Camerún y luego en Nigeria, creaba una situación excepcional. La mayoría de los ingleses destinados a la colonia ejercían funciones administrativas. Eran militares, jueces, oficiales de distrito (...) Mi padre era el único médico en un radio de sesenta kilómetros. Pero esta dimensión no tenía ningún sentido: la primera ciudad administrativa era Abakaliki, a cuatro horas de camino, y para llegar había que cruzar el río Aiya en chalana y luego una espesa selva. La otra residencia de un oficial de distrito era la frontera del Camerún francés, en Obudu, al pie de las colinas donde todavía vivían los gorilas. En Ogoja, mi padre era responsable del dispensario (un viejo hospital religioso abandonado por las hermanas), y el único médico al norte de la provincia de Cross River. Allí hacía de todo, como dijo más tarde, desde el parto hasta la autopsia. Mi hermano y yo éramos los únicos niños blancos de toda esa región. No sabíamos nada de lo que puede formar la identidad un poco caricaturesca de los niños criados en las colonias (Le Clézio, 2008: 28-30)

En el caso de esta novela, este desplazamiento de los protagonistas entre los dos continentes conforma la búsqueda y construcción de un sujeto identitario. Si bien la obra también habla de su madre, nos centraremos en Le Clézio hijo y padre médico colonial.

En este nuevo contexto, Dupuy (2009) sostiene la supervivencia de la Nación y del Estado-Nación, como una forma tradicional pero aún válida, en especial por los lazos sociales construidos y por su vinculación al sistema mundo capitalista. Pero que se desarticulan, ya que los mayores interés que confiere este tipo de espacio político están en el “afuera” sobre todo en lo que concierne a interés geopolíticos, económicos – financieros, necesidad de recursos naturales, etc. La crisis del modelo Estado – Nación ante el fracaso de Estado “contenedor” (de una cultura = un territorio) produce el resurgimiento de antiguas formas de organización social como una manera de sostener una identidad comunitaria indispensable (Dupuy, 2009). Si a ello le sumamos la crisis de la “metáfora insular” (Grimson, 2011) donde cada isla-cultura se interconecta producto de las nuevas dinámicas de tiempo y espacio: migraciones (diásporas, comunidades transnacionales, refugiados, desplazados, etc), mercancías y comunicación (signos y símbolos) estamos en presencia de soberanías móviles y con ello, una necesaria reconceptualización de categorías, que puedan dar lugar a un mejor entendimiento de las prácticas socio-espaciales.

La novela *El africano*

La novela se enmarca en el periodo de la segunda guerra mundial y el periodo colonial de África por parte Europa. El autor de la novela nace en Niza en 1940 pero escribe la obra en el año 2004, como una forma de desarchivar sus memorias. Este trabajo, a nuestro entender innova identificando algunos tópicos que dan forma a la configuración y análisis de la identidad. Si bien es escrita varias décadas posteriores a los sucesos acaecidos, es interesante como el autor vuelve a ese pasado y lo trae al presente en la novela. Sus recuerdos forman parte de una crónica narrativa que pone en discusión ¿Quiénes somos? ¿Cómo se conforma y configura las identidades? Y cómo este concepto, la mayoría de veces se nos presenta como algo heredado, acabado e inmutable dejando de lado el lugar que ocupa la relación a un “otro” y a un contexto espacio – temporal que forma parte también de su constitución.

Algunos especialistas definen a este tipo obras como novelas de memoria, otros dirían un libro autobiográfico y otros tratarían de no catalogar a la obra por sus diferentes dimensiones narrativas. La novela se entrelaza entre la vida del autor y la vida de su padre. Los tiempos y espacios se desplazan entre dos continentes pero también en dos personas que se van configurando alrededor del entorno africano y europeo. No hablamos de un espacio determinista pero si un contexto que se despliega con fuerzas (África) sobre la base de las personalidades de los actores. La identidad, en ambos casos no es algo dado sino es una figura que se construye. El contexto juega un rol importante ya que permite a los personajes acceder a otros atributos sobre sus personalidades ya configuradas en un marco de desafiliación territorial. En *Le Clézio hijo*, la naturaleza africana lo invita a explorar su vida y así constituir su ser. Y en cambio a su padre, el contexto africano es abrumador para su trabajo como médico colonial. Pero más abrumador es el sello colonial que le impone el mismo abandono que a su vez lo conecta e identifica con los propios africanos. A través del padre de *Le Clézio* podemos evidenciar la perspectiva colonial representada en el abandono para consolidar la dominación, tanto de los africanos como así también en los representantes de ese ideario colonial. Es decir el europeo esclaviza al africano y la propia naturaleza del continente junto a la metrópolis esclaviza al colono.

La llegada a Nigeria comporta en *Le Clézio* y su padre identidades diferentes. En *Le Clézio* se abre un mundo de redescubrimiento personal físico y cultural asociado a una identidad constructivista, y en su padre una identidad que se cierra y se fortalece en una inmovilidad y fijación asociada a una identidad esencialista. Es allí donde el concepto de identidad es interesante trabajarlo. En la doble lógica

de cambios y continuidades, en relación a otro como persona y a otro como espacio. Para Le Clézio el viaje a otro continente generó un pasaje de transición no solo de dos mundos diferentes (al menos en el discurso colonial) sino que le permitió pensarse y redescubrirse a sí mismo. A través de la inmensidad y fuerza de la naturaleza africana, encontró una puerta abierta de un mundo a explorar, saliendo de los atavismos del mundo europeo, achatado y cargado de estereotipos.

En palabras de Fernández Bravo (1999) podemos pensar esta obra en el marco de una “literatura de frontera” en el proceso no de construcción de identidades nacionales (como se pronuncia el autor en uno de sus trabajos) sino como una construcción de alteridades que busca legitimar una identidad sobre los protagonistas. Debemos pensar la frontera en términos no de límites sino de continuidades. Como trasgrede Le Clézio la frontera africana, que pasa en ese desplazamiento y que deja (o pierde) en el mismo. Hablamos de identidades híbridas que no buscan deslegitimarse, sino que operan de manera dialéctica. Fernández Bravo, sostiene que la otredad en los procesos coloniales estaría geográficamente localizada en las zonas fronterizas desconocidas y/o misteriosas. Avanza en la idea que el desafío de estas narraciones de la frontera descansa en la decisión de incluir o excluir lo diferentes y lo desconocido en el marco de la identidad nacional (en este caso una identidad occidental – colonial). Pero sabemos que la identidad europea y colonial no incorporaba al otro “no occidental” en una identidad compartida transcultural, sino justamente en palabra de M. L. Pratt (2008) se daban en una relación asimétrica y distinguible tanto en atributos corporales como culturales. La literatura de frontera consistió en el poder político de insertar relatos con un plan de apropiación y homogeneización cultural (Fernández Bravo, 1999). Pero en la novela *El Africano*, la frontera es otra cosa. No es la linealidad que impone asimetrías, ni espacios escindidos, sino todo lo contrario. Transgredir o traspasar la frontera, es en sí mismo sería una instancia de construcción de identidades.

En cuanto a la estructura de la novela se encuentra dividida en siete capítulos o apartados que reseñaremos brevemente para poner en contexto:

1- “El cuerpo”. Donde analiza el rol del rostro y el cuerpo en el mundo africano y europeo. El cuerpo y el rostro conforman parte de la identidad de las personas (como así también el nombre) en su carácter autorreferencial situado. La matriz cultural que conforma el rostro y el cuerpo en el mundo europeo es muy diferente al africano que se expresa en la novela. En Europa, el cuerpo es presentado a

través de la vestimenta el cual marca líneas y límites abstractos pero cargados de valores de estatus y anclados a hábitos y roles. En cambio, en África los cuerpos están desprovistos de las materialidades y los roles se expresan a través de otros atributos. Para Le Clézio es el período vivido en África el que le permite explorar y descubrir su cuerpo en relación al otro africano. Es para él la antesala a la madurez precoz.

2- “Termes, hormigas, etc”. Este es un interesante capítulo donde se describe el contexto “natural” del territorio africano. Un territorio inmenso y vasto que lo invita a él y a su hermano a empezar a conocer (se) y a tener mayores cuotas de libertad. Un mundo salvaje pero que a su vez le ofrece un mundo a descubrir. La prohibición en París era ahora en Nigeria un mundo de oportunidades. Es allí donde junto con su hermano se separan de los niños africanos y van a tirar piedras y a voltear las paredes de los termiteros. Esa acción compone dos lecturas (al menos). Una de ellas, es que se separan de sus amigos africanos porque este accionar no es compartido por los nativos, ya que forma parte de un universo espiritual. Y la otra lectura de este accionar es que es para ellos, un momento de poder y autonomía que en Europa no podían detentar acorralados por la vida pacata, la invasión alemana y la disciplina familiar.

3- “El africano”. Este es el capítulo que conlleva el nombre del título de la novela. Se inicia el capítulo narrando la vida de su padre y continúa con la vida en Niza atravesada por la guerra en Europa. Se deja claro la disciplina y en el encierro que le llevaban sus vidas en su casa y los ritmos de la vida en Francia. La llegada a África fue la antesala al mundo adulto del autor.

4- “De Georgetown a Victoria”. Este capítulo cuenta los desplazamientos y viajes de su padre. El viaje de Georgetown, en la Guyana británica para luego ir a Victoria, en la bahía de Biafra en el océano Atlántico en África. Cada viaje va configurando la vida e identidad de su padre.

5- “Banso”. Durante los primeros años de matrimonio, los padres de Le Clézio vivieron allí su vida amorosa, en Forestry House y en los caminos de la región alta de Camerún, hasta Banso. A partir de 1932, se instalaron en la montaña, (en Banso), donde debía crearse un hospital. Banso estaba al final del camino de laterita transitable en todas las estaciones. Era el umbral del país llamado "salvaje", el

último puesto donde se ejercía la autoridad británica. Habla de la inmensidad del territorio a cargo. La libertad de la mano de la naturaleza inmensa. El trabajo del padre como médico atravesando la naturaleza viva, plena y cruda de África.

6- “La rabia de Ogoja”. Narra la vida del padre en el contexto de la guerra y su vida en África. Donde el padre se da cuenta que a pesar de su esfuerzo como médico de frontera preocupado por la salud de los habitantes, él también formaba parte de la estructura imperial. Culmina este capítulo con Le Clézio hijo contando las historias clínicas de su padre en África. La historia final se centra en un joven de Ogoja que fue mordido por un perro y se le había declarado la rabia y por ello su padre debió tomar una decisión drástica y crucial. Este capítulo contextualiza el entorno duro y difícil que tuvo que vivir el padre del autor.

7- “El olvido”. Nos habla Le Clézio sobre su padre quien al final de 1948 encuentra ya a otra persona, diferente y hostil. La vida africana, pero aún más el abandono que le ocasionó la guerra fue decisivo en el carácter e identidad de su padre. Disciplinado y autoritario serían dos atributos heredados de su contexto. Su vuelta de África a Europa lo tornó intolerante. Pero lo que si recuerda de todo lo que recibió cuando llegó por primera vez a África: una libertad tan intensa que lo quemaba, embriagaba y que gozaba hasta el dolor.

La identidad

En las últimas décadas, la problemática de la identidad y su despliegue plural: las identidades, se tornó recurrente en diversos dominios académicos (de la antropología a la teoría política, hasta los estudios culturales). Confluían en este renovado interés, por un lado, los cambios ocurridos en el mapa mundial, la intensificación de los tránsitos migratorios, el debilitamiento de las ideas de nación y ciudadanía, la fragmentación identitaria y cultural. Por otro lado, la crisis de ciertas concepciones universalistas y sus consecuentes replanteos reconstructivos. La identidad, no es un conjunto de cualidades predeterminadas, sino una construcción nunca acabada, abierta a la temporalidad, a la contingencia, y a una posicionalidad relacional sólo temporariamente fijada en el juego de las diferencias.

Por ello, la pregunta no debería ser, cómo somos o de dónde venimos, sino que debemos sustituir la pregunta por la de cómo usamos los recursos del lugar, la historia y la cultura en el proceso de devenir más que del ser (Margueliche, 2015).

Lorena Quintana Monge (2016) realiza un trabajo denominado “Enfoques y críticas del concepto de identidad” donde presenta una breve revisión teórica sobre los dos enfoques principales del concepto de identidad: el esencialismo y el constructivismo bajo la finalidad de comprender (o al menos acercarnos) cómo la identidad se relaciona con los procesos de globalización, identificación, locación social, grupalidad, sentido de pertenencia, entre otros. Para la autora existen dos grandes enfoques en torno al concepto de identidad. En primer término menciona el esencialismo que da sentido al sujeto como una persona humana totalmente centrada, unificado y dotado de capacidades de razón, conciencia y acción considerándolo como algo inmutable, fijo y con un sesgo determinista. Y por el otro lado el enfoque constructivista, en donde el sujeto es considerado como un individuo sociológico abandonando el individualismo y dotándolo de significación en relación a los otros. Es decir, un sujeto que es producto de la construcción social construido a partir de procesos sociales comunicativos como constructos (culturales) más que identidades dadas o fijas. Para este enfoque existe un carácter metamórfico de las identidades, a partir del resultado de relaciones de poder en un momento dado. Hablamos de productos culturales de luchas y negociaciones pero situadas espacio-temporalmente en un terreno cultural (Monge, 2016). Pero Monge, aclara que a pesar de la existencia de estos dos enfoques, hay hacia adentro de las mismas perspectivas, variaciones donde se configuran sujetos descentrados, de identidades más fijas y otras fragmentadas y algunas de carácter híbrido sujeto a contradicciones pero siempre en relación a un otro en el marco de un proceso dinámico, relacional y dialógico.

Para Todorov (2014) el ser humano nace en el seno no sólo de la naturaleza, sino también, siempre y necesariamente de una cultura. Por otro lado, todos poseemos varias identidades culturales, que pueden ensamblarse o presentarse como intersección de conjuntos. Todo individuo es pluricultural, ya que las culturas no son islas monolíticas, sino alusiones que se entremezclan. La identidad individual procede del encuentro de múltiples identidades colectivas en una sola persona y cada una de nuestras numerosas pertenencias contribuye a la formación del ser único que somos (Todorov, 2014).

Los hombres no son ni del todo iguales, ni del todo diferentes. Como cada uno de ellos es en sí mismo plural, comparte rasgos, pero los combina a su manera. La convivencia de diferentes pertenencias culturales en todos nosotros no suele plantear el menor problema, lo que debería suscitar admiración. Manejamos esta pluralidad con toda comodidad, como equilibristas. (Todorov, 2014: 86).

Para Todorov no hay culturas puras ni culturas mezcladas, ya que todas las culturas son mixtas o híbridas. Si la identidad cultural no cambiara Francia no habría sido cristiana en un primer momento, ni laica posteriormente.

Barth (1976) descartaba la idea simplista de que existe un aislamiento geográfico y social dando lugar a una conservación cultural. Para el autor hay que examinar las características y los límites empíricos de los grupos étnicos, así como los problemas teóricos que suscita una investigación semejante.

En el caso de la identidad, no hablamos de un objeto social acabado que se puede describir a manera de inventario. Para Grimson (2011), en la historia humana, constantemente ha habido intentos de inventar pasados y tradiciones. Sin embargo, cada una de esas acciones culturales, está enmarcada en una lógica situacional donde se juegan conflictos e intereses. Grimson enumera algunas cuestiones:

- 1- Arrancadas las acciones de los contextos, se pierden sus sentidos;
- 2- El tema del interrogante contextual: ciertas narrativas, construcciones de ideas territoriales, ciertas categorías se imponen, mientras que otras se desechan;

La primera lectura de la identidad es referida a una “unidad distinguible”. Hablamos de algo que tiene cierta persistencia en el tiempo y espacio. Tiene una continuidad en el cambio. Grimson realiza una distinción entre cultura e identidad, conceptos que muchas veces se toman como sinónimos. Cultura e identidad son términos necesarios para comprender los mundos contemporáneos. Una parte de esa confusión se deriva en que han sido sobrepuestos, mencionados a veces como sinónimos intercambiables, lo cual dificulta quizás enunciar uno de los interrogantes clave de cualquier proceso social y simbólico: ¿Cuáles son y por dónde se desplazan las fronteras de la cultura y las fronteras de la identidad? ¿Cuándo coinciden, cuándo se solapan, cuándo se encastran? (Grimson, 2010:64). Grimson (2010) aclara que realizar esta distinción nos invita inevitablemente a transitar unos caminos sinuosos para su construcción. Para el autor todos los seres humanos sentimos que pertenecemos a diferentes colectivos, a aldeas, ciudades, países, regiones, al mundo. A grupos etarios, de clase, género, a generaciones, movimientos culturales o sociales, entre otras adscripciones. Estas clasificaciones y los modos en que nos relacionamos con esas categorías identitarias están inscriptas en nuestras culturas. Pero hasta cierto punto cada uno de nosotros escoge con qué grupos se identifica, cuáles percibe como otros, qué significados y sentimientos nos despierta cada una de estas categorías. En esta primera distinción, Grimson plantea que la cultura

alude a nuestras prácticas, creencias y significados rutinarios, fuertemente sedimentados, mientras la identidad se refiere a nuestros sentimientos de pertenencia a un colectivo. El problema teórico avanza, es que deriva del hecho empíricamente constatable de que las fronteras de la cultura no siempre coinciden con las fronteras de la identidad. Es decir, dentro de un grupo social del cual todos sus miembros se sienten parte, no necesariamente hay homogeneidad cultural. La visión monocultural pretende imponer una versión esencialista de la identidad. Promueven la inmutabilidad de los atributos de las personas dejando de lado el contexto individual y colectivo, como así también los procesos históricos de los actores y las interacciones en el campo social y espacial. Aunque en algunas bibliografías presentan al multiculturalismo como una alternativa diferente al monoculturalismo, éste también opera en gran medida en continuar fijando las diferencias, ya que persiste generando un proceso diferenciador y excluyente. La lógica cultural no conlleva a un entendimiento de la diversidad.

La literatura y la identidad

La literatura no es sinónimo de límites, por el contrario, los mundos posibles que han brotado de ella han permitido pensar la realidad, y sus representaciones conjurando al espectro de la diferencia

Picallo Visconti, 2012:1

Visconti (2012) encuentra en términos geopolíticos que perviven discursos y se atomizan en mini relatos que tratan de saldar las deudas que las representaciones identitarias clásicas han producido. Para la autora, los límites de la identidad literaria se enfocan en las periferias. En ese sentido abordar su análisis habiendo una distinción entre los mini relatos de la periferia y los metarrelatos del centro. En la actualidad la literatura pacta con nuevos espacios, establece nuevos posicionamientos, representa la fragmentación de un metarrelato en crisis. De esta manera abre las posibilidades de intervención y transformación en el marco de una nueva (y necesaria) definición de identidades (Picallo Visconti, 2012). Visconti continúa y nos dice que no podemos hablar de una identidad cultural sin reconocer sus “rupturas” y “discontinuidades” que constituyen una unicidad. Como plantea Homi Bhabha, pensar un “tercer espacio” es pensar en contextos híbridos como procesos de desplazamientos de significación cultural y no como espacios a ser regulados o categorizados (Visconti, 2012).

Algunos autores mencionan tres condiciones para la construcción y sustentabilidad de una determinada identidad cultural:

1-El lenguaje y todo el tejido de discursividades de lo real, lo imaginario y lo simbólico;

2-El territorio en la medida que las características físicas imponen “modos de habitar, de ser y del mirarse;

3-La religión, en cuanto conlleva a una interpretación del mundo que provee potentes significados en términos de imaginar/comprender el origen y el sentido;

El texto se convierte, así, en una máquina productora de efectos de extrañeza cuyas consecuencias, en el terreno de la relación literatura – identidad, se hacen visibles en el hecho de que entonces la literatura promueve la dimensión “procesual” de la identidad, vale decir, la literatura ofrece experiencias de realidad que conduce a repensar, reimaginar, reconfigurar lo propio a través de la visibilización de sus fisuras, vacíos, carencias (...) (Mansilla Torres, 2006:8).

Para Mansilla Torres, la literatura no sólo representa la identidad cultural de la comunidad desde donde emerge, sino que ella misma crea identidad. Pero para que esta correlación literatura identidad se torne productiva en términos críticos, hay que imbricarla en un horizonte político de comprensión (Mansilla Torres, 2006). Pero también la identidad cultural no sólo surge de presencias, sino que también surge del reconocimiento de “ausencias”. Hay una no identidad en la identidad (Mansilla Torres, 2006). Pero Mansilla Torres se pregunta (también) si la literatura produce identidad ¿Qué identidad es la que produce y cómo la produce?

En el caso de *El Africano*, la novela no propone un modelo de identidad, sino que nos acerca a través de la experiencia de vida del autor una manera de entender la identidad desde la perspectiva constructivista, relacional y nunca cerrada.

¿Cómo abordar este tipo de trabajos?

Trabajar con novelas implica posicionarnos en primer lugar en el reconocimiento de su valor cultural. Hablamos de producciones que en sus diferentes géneros literarios expresan campos sociales,

políticos y culturales que a partir de su autor intenta introducirse en la vida de los lectores. Muchas veces permiten expresar y dar lugar a otras veces y a indagar desde la mirada del autor problemas de forma creativa y singular. En el caso del “Africano”, la novela expresa la vida de Le Clézio que acerca una mirada interesante de dos mundos (y quizás hoy también) irreconciliables en términos coloniales y desconocido en términos culturales. La novela como hemos venido mencionando en apartados anteriores, expresa ciertos tópicos condensados en una propuesta literaria. Mencionaremos tres propuestas metodológicas para el abordaje y análisis de las novelas.

La propuesta de Lughod: seguir la cosa

La antropóloga Lila Abu-Lughod (1999, 2006) en su trabajo “La interpretación de la (s) cultura (s) después de la TV” encuentra que debido al mundo interconectado que habitan las personas sumado a los crecientes vínculos que existen entre ellos es cada vez más difícil pensar un mundo sin el conocimiento del otro a través de las representaciones que se tiene de ese mundo a través de los diferentes formatos de expresión (TV, cine, series, novelas, etc). Lo que antes era un desconocido difícilmente catalogable, hoy las personas de una aldea de la periferia en Egipto rápidamente encuentran vínculos y asociaciones con la imagen de un turista, arqueólogo, investigador, etc. Es un mundo de materialidad pero que se construye desde fuertes representaciones. La autora habla de la propuesta denominada “reducción creativa” para adecuarse a las vidas afectadas por los medios masivos de comunicación y de esta manera iniciar algún camino de indagación y análisis de estos fenómenos.

La novela rosa de Radway: la interacción entre lector y texto

Por su parte Janice Radway (1984) estudió sobre los lectores de novela rosa o novela romántica. Se preguntaba si este tipo de novelas era fundamentalmente conservadora o planteaba la posibilidad de lecturas de oposición al sistema social. Pero agrega que existe la complejidad de dar una explicación a este proceso (interacción entre lectoras y los textos), y se debe al hecho de que la cultura es a la vez, perceptible e imperceptible, oculta y visible al mismo tiempo. Pero también existe la influencia de determinadas estructuras culturales asumidas de manera inconsciente, que constituyen la base fundamental de su identidad y su actuación social. Para Radway la lectura supone una experiencia de

aislamiento, que no ofrece entre las mujeres (siguiendo su línea de trabajo de análisis de la novela rosa) compartan entre ellas una experiencia de oposición imaginativa. Las mujeres unen fuerzas solamente de una forma simbólica y en cierto modo en la privacidad del tiempo libre. De esta manera, podemos vincular la relación lectores y texto literario, en un marco que supera la simple argumentación y se enmarca en la vida social de las personas.

La perspectiva geo-literaria: un análisis integral de las novelas

La tercera propuesta metodológica y la que proponemos en este trabajo se basa en la denominada perspectiva geoliteraria. Es Alexander Von Humboldt junto a su trabajo con J. W. von Goethe (poeta alemán) los precursores de esta perspectiva. La construcción de un discurso científico y la representación visual/artística del mundo les permitió encontrar herramientas de análisis para comprender la naturaleza como fuerza constitutiva de variables que conforman un paisaje particular. Esta conjunción de dimensiones y perspectivas entre lo científico y lo poético nos invitó a realizar un trabajo de identificación de un espacio que no solo parte de la modernidad científica, sino de un mundo de percepciones y experiencias. Más contemporáneo es el trabajo del geógrafo Eric Dardel (1952) “El Hombre y la Tierra: Naturaleza de la realidad geográfica” quien influirá en la denominada ola geoliteraria. Para él la Geografía debe mantenerse en la encrucijada de dos mundos: el físico y el humano. Su preferencia lo llevó a reflexionar sobre la categoría de “geograficidad” del ser humano y a la contemporánea concepción del paisaje, ya no sólo comprendida bajo la materialidad objetiva sino también desde el mundo de los símbolos, de las significaciones, de las percepciones, de las representaciones y de las emociones. Para Bertrand Lévy (2016) la literatura y la geografía permiten expresar contradicciones, paradojas, en un mundo demasiado sumiso (y complejo) frente a las ideas e ideologías dominantes, siendo (muchas veces) el arma de las ideas marginales que poco a poco se convirtieron en centros de referencia (Lévy, 2006).

Una síntesis de metodologías

Lughod al igual que Radway plantean analizar el impacto de las obras en los lectores o televidentes, pero yendo aun más lejos que la mera recepción de un producto, sino en el marco

deconstructivo de los discursos que la originan como así también los procesos sociales y políticos que las enmarcan. Las autoras proponen poder indagar el entrecruzamiento o yuxtaposición de estas producciones (televisivas o literarias) y los otros campos sociales.

Lughod es consciente de cómo acceder a algo más que a un sentido fragmentario de un espectador televisivo (o lector) descontextualizado. Nos advierte que no debemos caer en la trivialidad de pensar a la comunidad receptora de las masas como una comunidad simple y predecible. En segundo término es importante identificar y reconstruir de ser necesario el contexto de emergencia del autor. Entender los campos políticos de emergencia del autor de novela, implica resignificar lo escrito en el sentido literario y también político. Para Lughod, no hablamos de cultura como textos (solamente) sino de diferentes textos culturales que son producidos, puestos en circulación y más tarde consumidos. El desafío es como abordar este tipo de trabajos, ya sea la influencia de la TV y la literatura. La autora plantea la etnografía multisitio. Retoma las palabras de G. Marcus, donde sostenía que se debe poder seguir la “cosa”. Aquí el desafío no es sencillo, ya que a diferencia de un trabajo etnográfico en relación a la TV y la recepción del público, la novela presenta otras dimensiones difíciles de rastrear. Por ello, tomamos algunas ideas de Lughod (reducción creativa) y Radway (la relación lectores y texto literario en el campo simbólico) para agregar una tercera instancia que es el análisis de la novela a partir de un tópico transversal que permite contextualizar el análisis de la obra desde autores externos: la identidad.

Le Clézio entre Europa y África: el viaje como condición de habitar

El barco que me arrastraba hacia ese otro mundo también me entregaba la memoria. El presente africano borraba todo lo que lo había precedido. La guerra, el confinamiento en el departamento de Niza (donde vivíamos cinco en dos habitaciones de la buhardilla y hasta seis si contamos a la criada María, de la que mi abuela había decidido no prescindir), las raciones, o la huida a la montaña donde mi madre debía esconderse por miedo a una redada de la Gestapo, todo esto se borraba, desaparecía, se volvía irreal. A partir de entonces, para mí, habría un antes y un después de África (Le Clézio, 2008: 19 – 20)

El viaje temporal que realiza el autor, se desarrolla bajo la búsqueda de la identidad propia (un niño en Nigeria), y también para poder comprender la figura de su padre.

(...) mi padre descubrió, después de todos esos años en los que se había sentido cercano a los africanos, su pariente, su amigo, que el médico sólo era otro actor del poderío colonial no diferente del policía, del juez o del soldado. ¿Cómo podía ser de otra manera? El ejercicio de la medicina era también un poder sobre la gente y la vigilancia médica era también un poder sobre la gente, y (...) una vigilancia política. El ejército británico lo

sabía bien: a comienzos de siglo, después de años de resistencia encarnizada, había podido vencer por la fuerza de las armas y de la técnica moderna la magia de los últimos guerreros ibos en el santuario de Aro Chuku, a menos de un día de marcha de Ogoja (Pág 109).

El padre de Jean-Marie Gustave (Le Clézio) nació en la isla de Mauricio². Trabajó como médico colonial en representación del Imperio británico. El paisaje africano y el abandono colonial, reconfigura a su padre de manera de ser un sujeto hostil y huraño. En cambio, en su hijo construye otras representaciones y atributos. El padre es una figura de exiliado permanente atrapado por la naturaleza del colonialismo en África y por su profesión.

Ogoja, adonde la guerra lo condenó era un puesto avanzado de la colonia inglesa, un pueblo grande en una hondonada sofocante al borde del Aiya, rodeado por la selva, separado del Camerún por una cadena montañosa infranqueable (Le Clézio, 2008: 105)

Bertazza (2017) describe la vida de Raoul Le Clezio (padre del autor) y nos permite comprender la vida de este personaje. Estudió medicina en Inglaterra, pero nunca ejerció allí, cansado de las formalidades del cuerpo médico inglés, se inició como médico de frontera en la Guyana británica durante dos años. De regreso a Francia, se casa con su prima hermana Silvie y poco después se embarca a Camerún. Al estallar la Segunda Guerra Mundial queda atrapado en África. Tarda siete años en reunirse con su familia y en 1948 logra retornar a África junto con ella. Como médico militar en Nigeria se queda hasta 1968. Más de veinte años vivió en la naturaleza africana como único médico en territorios grandes como países enteros a cargo de la salud de miles de personas. Se fue recién en 1950 cuando el ejército consideró que había superado la edad de jubilación.

Cuando hablaba en francés tenía el acento cantarino de Mauricio, o bien hablaba en pidgin, ese dialecto misterioso que sonaba como campanillas. (Le Clézio, 2008:187)
Veintidós años de África le habían inspirado un odio profundo al colonialismo en todas sus formas (Le Clézio, 2008:200)

Las condiciones de vida en Nigeria, tanto para él como su grupo familiar (esposa y dos hijos varones) estaba dotado de fuertes marginalidades. En su estadía, no había europeos, con lo cual lo exótico pasa a ser presente más en la mirada de los otros que la que ellos mismos puedan tener de su entorno. Eran solo dos niños que habían atravesado el encierro de cinco años de guerra.

Más o menos a los ocho años viví en el África occidental, en Nigeria, en una región bastante aislada donde, fuera de mi madre y de mi padre, no había europeos y, para el niño que yo era, toda la humanidad se componía únicamente de ibos y de yorubas (Le Clézio, 2008: 8 y 9)

El traslado de Europa a África les había cambiado la vida por completo. De vivir en un departamento en el sexto piso de un edificio burgués rodeado de un jardín en donde los niños no tenían derecho a jugar, pasan a un mundo nuevo, vasto, complejo y sublime que los invitaba a reencontrarse. Los años de separación forzada por la guerra, ponían a los hijos en relación a su padre con una figura nueva a conocer y descubrir. Con lo cual la construcción de la identidad es doble para el escritor de la novela. Por un lado, la identidad de un niño europeo en Nigeria, y conocer quién era su padre y con ello constituir su propia identidad.

Cuerpo, espacio e identidad

El primer cuestionamiento que se hace el autor en la novela es sobre el cuerpo y el rostro. En la estadía en Nigeria se daba la interacción entre Ibos y Yorubas, siendo ellos (La familia Le Clézio) los únicos europeos en el lugar. La mirada en África se centró sobre los cuerpos por encima de los rostros. En Francia el cuerpo estaba provisto de vestimentas que oficiaban de portadores de cualidades y jerarquías. África le quitaba a su cara (al autor) y le devolvía un cuerpo, doloroso, afiebrado por las condiciones de vida del continente. Es la fascinación de los cuerpos de los habitantes nigerianos, que marcan otras miradas. Aparece la identidad corporal como figura. Para Le Clézio la llegada a África constituyó la antecámara del mundo adulto.

Es este presente africano, el que marca en el autor un quiebre temporal y de percepción borrando todo lo que le había precedido en su vida europea. La novela describe de manera muy interesante los espacios que habitan los personajes. Entre ese mundo inhóspito y hostil que es la vida en Nigeria, Le Clézio se asegura en su narración de configurar espacios de intimidad, anhelos y protección como son su casa y los momentos de intimidad que logra construir con su hermano en el contexto nigeriano.

La manera de pensar, clasificar e imaginar mundos lejanos, tanto el discurso europeo erudito como el popular apelaron a procesos de fabulación. Al presentar como reales, ciertos hechos a menudo inventados, el discurso europeo esquivó “la cosa” que pretendía comprender y mantuvo un vínculo fundamentalmente imaginario al tiempo que pretendía desarrollar conocimientos destinados a dar cuenta de ella de forma objetiva (Mbembe, 2016). Pero Le Clézio en su novela narra desde la memoria de su niñez y juventud. No está sentenciado por el eurocentrismo cultural para teñir su mirada sobre el africano.

El autor avanza más allá de esa estructura, y busca desprenderse de Europa para encontrarse en África. La novela denuncia de manera indirecta las atrocidades del colonialismo y acerca una mirada de encuentro con los habitantes de su entorno más próximo. La situación de su padre y del resto de su familia, no evaden a los nativos, sino todo lo contrario, se da una necesaria e ineludible relación. Es una mirada contemplativa y exploratoria que no se centra en la otredad o el exotismo. Y esta mirada que Le Clézio nos propone se confronta a lo que Mbembe sostiene en relación a la mirada histórica que se tuvo sobre la raza negra. La raza negra ha sido siempre una forma más o menos codificada de división y organización de multiplicidades, de su fijación y distribución a lo largo de una jerarquía, y de su repartición en espacios más o menos estancos: la “lógica del cercado”. El término “África” remite a un hecho físico y geográfico, pero a su vez este hecho geográfico indica un estado de cosas, un conjunto de atributos, incluso una condición racial.

“(…) el negro era el ejemplo perfecto de este ser – otro, extremadamente trabajado por el vacío y cuyo negativo había logrado finalmente penetrar a todos los ámbitos de la existencia” (Mbembe, 2016:41)

“De inmediato, se adhieren a estas referencias una serie de imágenes, palabras, enunciados, estigmas que supuestamente deletrean ese estado inicial físico geográfico y climático de cosas” (Mbembe, 2016:97-98).

A esto también se adhiere los supuestos atributos de la población que habitan estos espacios. De esta manera las categorías conceptuales y espaciales se retroalimentan. Mbembe reconoce que en el año 1892, se esboza un vasto movimiento que denomina nacional – colonialismo francés donde se albergan diferentes sectores sociales (conjunto de familias políticas) quienes controlaban las instituciones y podrían impregnar la lógica racial. Aquí, surge la lógica francesa de asignación racial. Mbembe identifica tres dimensiones: por un lado el “rechazo a ver”: práctica de ocultación y divulgación. La “práctica de la denigración y el travestimiento”. Y por último la “frivolidad y el exotismo”. Mbembe, lo expresa cuando ese objeto de tal prohibición se explica por el hecho de que un esclavo negro no hay “nada que ver” sino más bien, una “nada de ser”. Al excluir del campo de lo representable: el negro es producido y existe como tal.

En cambio el África de Le Clezio encuentra un “choque” entre dos mundos. El europeo: primeros años de su infancia en la ciudad de Niza (Francia) atravesado por la pesadez colonial, que si bien gozaba de otras condiciones lo sentía como un lugar de fuerte monitoreo. Y en el otro extremo, África con su libertad. Son dos miradas que sirve para comprender como el autor se posiciona ante la mirada del otro

y de esta manera como construye su identidad. En Nigeria suceden cambios en la percepción y en los valores de la mirada.

En África, el impudor del cuerpo era magnífico. Creaba distancia, profundidad, multiplicaba las sensaciones, tejía una red humana alrededor de mí. Armonizaba con el país ibo, con el trazado del río Aiya, con las chozas del pueblo, sus techos color leonado, sus paredes color tierra (Le Clézio, 2008: 12)

Recién en 1948 Le Clezio hijo se logra reencontrar con su padre a la edad de 8 años y habiendo estado separado mucho tiempo por la Segunda Guerra Mundial. Es a partir de todo este contexto que Le Clezio se pregunta si a su padre lo cambió la guerra o el continente africano. En Ogoja, se destaca la aparición de una violencia diferente a otras, abierta y real y que impactaba en su cuerpo.

Era visible en cada detalle de la vida y de la naturaleza que me rodeaba (pág. Le Clézio, 2008: 12). Recuerdo la violencia. No una violencia secreta, hipócrita, aterradora como la que conocían los niños nacidos en medio de una guerra, ocultarse para salir, espiar a los alemanes con capote gris robando los neumáticos del De Dion-Bouton de mi abuela, escuchar en un sueño rumiar historias de tráfico, espionaje, palabras veladas, mensajes de mi padre que llegaban a través de Mr Ogilvy, cónsul de Estados Unidos y, sobre todo, el hambre, la falta de todo, el rumor de que las primas de mi madre se alimentaban de desperdicios. Esta violencia no era de verdad física. Era sorda y ocultada como una enfermedad. Yo tenía el cuerpo minado por ella, ataques irreprimibles, migrañas tan dolorosas que me ocultaba debajo de la carpeta de la mesa velador con los puños hundidos en mis órbitas. Ogoja me daba otra violencia, abierta, real, que hacía vibrar todo mi cuerpo. Era visible en cada detalle de la vida y de la naturaleza que me rodeaba. (Le Clézio, 2008:25 y 26)

Le Clézio sostiene que no sabían nada de lo que puede formar la identidad de los niños criados en la colonias. Advierte que al leer las novelas “coloniales” escritas por los ingleses de esa época como Joyce Cary, autor de “Missié Johnson” (1939) o el escritor William Boyd quien pasó parte de su infancia en África Occidental británica, no reconocen nada. Allí en el continente negro se describe la pesadez colonial, las ridiculeces de la sociedad blanca exiliada en la costa, el desprecio por los nativos, etc. En otras novelas es común encontrar la categoría de la naturaleza como un terreno inhóspito, cruel y salvaje con fuertes determinismos geográficos. En el *africano*, la naturaleza aparece como sinónimo de libertad, sin límites y salvaje.

Al irnos a África habíamos cambiado de mundo. Lo que compensaba la disciplina de la mañana y de la tarde era la libertad de los días (Le Clézio, 2008: 40)

(...) los chicos de la aldea, esa barra un poco heteróclita en la que había chicos muy pequeños, con grandes barrigas, y casi adolescentes de doce, trece años, vestidos como

nosotros, con short caqui y camisa y que nos habían enseñado a quitarnos los zapatos y los calcetines de lana para correr descalzos por la hierba. Son los que veo en algunas fotos de la época, alrededor de nosotros, muy negros, desgarrados, por cierto burlones y combativos, pero que nos habían aceptado a pesar de nuestras diferencias (Le Clézio, 2008:41-42)

A su manera se había hecho africana. Pienso que debía creer que, para dos chicos de nuestra edad, no había lugar en el mundo más seguro (Le Clézio, 2008:42)

Al jubilarse su padre y volver a vivir junto con su familia (esposa y dos hijos) en Francia pudo constatar que en realidad el africano era él: su padre. Al padre de Le Clezio, le retiran la nacionalidad británica debido a la independencia de la Isla Mauricio.

Reflexiones finales

En palabras de Homi K. Bhabha, podríamos decir que la obra el africano se asienta en la categoría de “in-between”, es decir “entre medio” superando las taxonomías y propuestas binarias del discurso occidental. Bhabha continúa y acerca el concepto de “supervivencia” en vez de resistencia. Sostiene que “nosotros” tendemos a crear polaridades fáciles o binarismos: dominante y dominado. De esta manera se homogeneizan ambas experiencias: la resistencia y la experiencia de dominación. Por lo cual la supervivencia es una muy buena manera de decir que cada acto de resistencia nunca es un acto puro. En el marco de la novela, podemos pensar la vida en África en este plano.

Más allá de las categorías que imprime las culturas de la identidad se convierte en una poderosa herramienta de selección para Le Clézio y su padre. Le Clézio logra salirse de la cultura europea y a través de la experiencia africana convertir una identidad propia.

Los seres humanos han organizado sistemas de similitudes y diferencias a partir de conocimiento de los otros, “otros” organizados de manera diferente de un “nosotros”. Esas taxonomías tienen como objetivo plantar límites y asimetrías en un juego de dominación y dominados. Por lo tanto, ese “nos/otros” es también el resultado de sedimentaciones de un proceso histórico y a contingencias sujetas a transformaciones.

Para Grimson, las identidades nacen y se construyen siempre tomando conciencia de la diferencia, es decir en relación a los otros.

Para Monge (2016):

(...) la identidad es un proceso subjetivo en constante configuración donde nos constituimos en relación al otro en forma autoreflexiva, esto es causado por la interacción entre cada individuo y los diferentes escenarios que lo circundan, como la familia, el trabajo, la escuela, etc, es decir, se requieren diferentes contextos intersubjetivos para construirse (Le Clézio, 2008: 57).

Por último, la propuesta de Pratt de “Zona de contacto” como espacios sociales donde culturas dispares se encuentran, chocan y se enfrentan a menudo dentro de las relaciones altamente asimétricas de dominación y subordinación. Por ello, es interesante indagar y explorar las relaciones que se gestan en las zonas de contacto, tratando de identificar proceso de asimilación, resistencias, solidaridades, conflictos, etc. Podríamos pensar que esta novela juega en este espacio. Una zona de contacto de dos mundos que configuran una identidad en contacto con los otros.

Según Juan Pablo Bertazza (2017) el uso de la escritura y la memoria permite recordar parte de la infancia de Le Clezio en la ciudad de Ogoja (Nigeria), al encontrarse en una vida de carácter híbrida entre la libertad y la violencia, entre el mundo europeo y el africano, entre el rostro y el cuerpo.

Lo interesante es continuar indagando el contexto de inserción y emergencia del autor a través de tramas narrativas preexistentes a partir de las cuales narra. Es decir cuáles son sus filiaciones narrativas (cuales toma de su trayectoria formativa europea) y cuales adopta en África. Ya que en algunos pasajes de la novela, está presente ciertos atisbos “racialistas” que de alguna manera no puede evadir.

El trabajo intentó acercar a través de la experiencia de la novela y con ello la vida del autor, el concepto de identidad a través de una construcción situada con un otro en el marco de desafiliación territorial para constituirse en otro escenario: el africano. De esta forma, podemos entender que las identidades no son algo heredado e inmutable, sino que se conforman y configuran en un contexto espacio - temporal más amplio. El “habitar” los espacios, implica de alguna manera compartir y constituir identidades.

Bibliografía

Barth, Frederik (Comp.). Los grupos étnicos y sus fronteras. La organización social de las diferencias culturales. México, 1976.

Bhabha, Homi. "Narrating the Nation", Homi K. Bhabha, comp., en Nation and Narration (Londres: Routledge, 1990) pp. 1-7

Bertazza, Juan Pablo. "El africano de J. M. G. Le Clazio". En Página 12, 18 de marzo de 2017

Clifford, James. Itinerarios transculturales. Editorial Gedisa, 1999.

Dardel, Eric. El Hombre y la Tierra: Naturaleza de la realidad geográfica. Editorial Biblioteca Nueva, 2013.

Dupuy, Héctor. "La crisis del estado-nación y las nuevas formas de relación política y cultural entre las sociedades y sus territorios". En: XI Jornadas de Investigación del Centro de Investigaciones Geográficas y del Departamento de Geografía, 2009.

Eagleton, Terry. Cómo leer literatura. Editorial Ariel, 2016

Fernández Bravo, Álvaro. Literatura y frontera. Procesos de territorialización en las culturas argentinas y chilena del siglo XIX. Editorial Sudamericana. Universidad de San Andrés, 1999.

Fernández Bravo, Álvaro. La invención de la Nación. Lectura de la identidad de Herder a Homi Bhabha". Editorial Manantial, 2000.

Grimson, Alejandro. "Cultura, identidad: dos nociones distintas". in: Social Identities, vol. 16, n° 1, 2010.

Grimson Alejandro. Los límites de la cultura Críticas de las teorías de la identidad, Buenos Aires, Siglo Veintiuno Editores, 2011

Le Clezio, Jean Marie. El africano. Editorial Adriana Hidalgo Editora, 2008

Lévy, Bertrand. “Geografía y literatura”. En Hiernaux, Daniel y Lindon, Alicia (Directores) Tratado de Geografía Humana. Barcelona: Anthropodos. Universidad Autónoma Metropolitana, 2006

Lughod, Lila Abu. “La interpretación de la (s) cultura (s) después de la TV”. En Iconos. Revista de Ciencias Sociales. Num. 24, Quito, pp. 119-141. Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales-Sede Académica de Ecuador, 1999, 2006.

Mansilla Torres, Sergio. “Literatura e identidad cultural”. En Estudios filológicos, páginas 131 – 143, 2006.

Margueliche, Juan Cruz. Memoria, Identidad y Representaciones Sociales en el Paisaje (pos) industrial. Tras las huellas del patrimonio cultural. Tesis de Maestría. Facultad de Arquitectura y Urbanismo. UNLP, 2015

Mbembe, Achille. “Capítulo 1. El sujeto de Raza”. En Crítica de la raza negra. Ediciones NED, 2016

Picallo Visconti, Ximena. “Literatura e identidad. El desafío de pensar las fronteras”. En: Narrativas Digitales. Año 1 Nro 2, 2012.

Pratt, M.L. Ojos imperiales. Literatura de viajes y transculturación. Editorial Fondeo de Cultura, 2011.

Radway, Janice. “Reading the Romance”. En www.perio.unlp.edu.ar/catedras. Traducción Beatriz Bernárdez, 1984.

Quintana Monge, Lorena. “Enfoques y críticas del concepto de identidad”. PODIUM Nro. 29, 2016

Todorov, Tzvetan. El miedo a los bárbaros. Editorial Galaxia Gutenberg. Círculo de Lectores, 2014.

Williams, Raymond. Palabras claves: un vocabulario de la cultura y la sociedad. Editorial Nueva Visión Argentina, 2000.

Notas:

1-Integrante del proyecto de investigación: “El Atlántico Sur y sus relaciones con otras regiones de interés geopolítico mundial. Estudios de casos frente a las actuales tendencias hegemónicas”.

2-En la actualidad es un país soberano ubicado en el suroeste del océano Índico, a unos 900 kilómetros de Toamasina, ciudad en la costa oriental más cercana de Madagascar y, aproximadamente, a 3800 kilómetros en dirección suroeste del Cabo Comorin en el extremo sur de la India. Esta isla fue ocupada por presencias extranjeras: en su mayoría por Francia e Inglaterra hasta lograr su independencia. En 1957 el gobierno británico concedió la autonomía a la isla y recién en 1963 se llevan a delante las elecciones.